

comisionados habrian resuelto luego, si no creyesen tras-
limitar su autorizacion, y si yo no hubiera preferido, como
prefero, esperar unos cuantos dias mas para que la resolu-
cion venga directamente de V. Los comisionados de V.
se la esplicarán, V. la tomará en consideracion, y, séame
licito creerlo, se prestará á allanarla cuanto ántes. Es inú-
til extenderse mas, penétrese V. de mi buena voluntad
para coadyuvar á la salvacion de la república, y atienda
mis razones con su corazon.—En cuanto á mi franqueza,
apreciaré la conozca V. de quien me repito afectisimo
servidor Q. B. S. M.—*José M. Cobos.*

«que se estaba combinando un gran movimiento para derrocar á Juarez, y la
«constitucion, nulificando del todo al partido rojo, como único medio de con-
«cluir con la guerra interior, llamar á la nacion á nuevas elecciones, rigiendo
«entre tanto, un estatuto provisional: que hecho esto, no habria guerra extran-
«jera, que siendo contra Juarez y no contra la nacion, derrocado aquel cesaba
«todo motivo de hostilidad y se entraria con los comisarios régios en una vía
«franca de negociaciones, con lo que además se conseguia desbaratar las trai-
«doras pretensiones de Almonte. Deseando yo, que Doblado ejecutase su plan
«cuanto antes, fué por lo que le hablé en mi última carta de dificultades que
«no podian resolver sus comisionados.»

con V. E. En ella supo que S. E. estaba en esta ciudad
y seguí en el acto con el fin indicado, teniendo el honor
de presentarme y conferenciar como lo deseaba.
Ya desde Tecamalucan habia prevenido al señor ge-
neral Herran que luego que estuviese reunida toda la fuer-
za continuase su marcha hasta la dicha hacienda, comen-
zando allí aquella noche para seguir por la mañana en los
términos que expresaba las instrucciones que le di para
el efecto. Pero como siempre calculé que el enemigo que
ocupaba las Cumbres de Acultzingo, habia de hacer cues-
ta para cortar la marcha de mi caballería, ó al menos para cortar la parte de
sus fuerzas que se fuera posible, salí de esta ciudad por la
mañana del 18 para ir á su encuentro y presentarle lo que
ocurrió.

*Parte oficial del general Don Leonardo Márquez sobre el combate de las
Cumbres de Acultzingo.*

Ejército mejicano.—General en jefe.—Excelentísimo
señor: el 17 del presente, á las cinco de la tarde, llegué á
la cabeza de mi caballería al Rancho del Potrero, que está
al pié de la montaña por donde descendia mi tropa, lu-
chando con todas las dificultades del terreno, que es, co-
mo V. E. sabe, sobremanera escabroso y pendiente. In-
formado por mis exploradores de que el ejército francés
se hallaba acampando en la hacienda de Tecamalucan,
dejé mis órdenes al señor general D. Domingo Herran para
que reuniere la fuerza y permaneciese con ella en aquel
lugar esperando mis instrucciones, partiendo yo inmedia-
tamente para dicha hacienda con objeto de conferenciar

con V. E. En ella supe que S. E. estaba en esta ciudad, y seguí en el acto con el fin indicado, teniendo el honor de presentármele y conferenciar como lo deseaba.

Ya desde Tecamalucan habia yo prevenido al señor general Herran que luego que estuviese reunida toda la fuerza, continuase su marcha hasta la dicha hacienda, acampando allí aquella noche para seguir por la mañana en los términos que expresaban las instrucciones que le di para el efecto. Pero como siempre calculé que el enemigo que ocupaba las Cumbres de Acultzingo, habia de hacer cuantos esfuerzos pudiera para impedir el movimiento que ejecutaba mi caballería, ó al menos para cortar la parte de sus fuerzas que le fuera posible, salí de esta ciudad por la mañana del 18 para ir á su encuentro y presenciar lo que ocurría á fin de disponer lo conveniente.

Pronto ví que no me habia engañado, porque uno de mis ayudantes de campo me avisó en el camino de que el enemigo se hallaba al frente de mi caballería; redoblé el paso, y al llegar á Barranca Seca, que es el punto en que se reúne el camino de las Cumbres que traian los contrarios, y el de Potrero, por donde venia mi tropa, encontré á ambas fuerzas ya formadas frente á frente una de otra, á la distancia de un tiro de mosquete.

El enemigo constaba de 100 caballos: estaba organizado en cuatro columnas, dos en el centro y dos en los extremos, cubriendo su frente con una línea de tiradores, aprovechando los accidentes del terreno que ocupaba, y extendiéndose desde la montaña en que apoyaba su derecha hasta la loma que queda al otro lado del camino principal por su costado izquierdo. Mi caballería tambien te-

nia una línea de tiradores al frente de los tiradores enemigos, que ocupaban el mismo espacio; el señor general D. José Domingo Herran, que mandaba la derecha de la línea, tenia cubierto el puente por donde pasa el camino principal con una guerrilla de 50 hombres, y habia situado dos columnas convenientemente á retaguardia de sus tiradores, á las órdenes de los valientes coroneles D. Antonio Salas y D. Doroteo Vera. El señor general D. Juan Vicario ocupaba con su division el centro de la línea, y á retaguardia de sus tiradores tenia tambien dos columnas, una á las órdenes del bizarro coronel D. Juan Vicario y otra á la del denodado coronel D. Ponciano Castro. El señor coronel D. José G. Campos cerraba la izquierda con su brigada, manteniendo otra columna á retaguardia de sus tiradores.

Es justo tributar aquí el debido elogio á los señores generales D. José Herran y D. Juan Vicario, y el señor coronel D. José G. Campos, que son los que establecieron la línea de este modo, conteniendo el enemigo y cubriendo la marcha de sus fuerzas que estaban aun acabando de salir de la montaña, todo en presencia de aquel, y sin que éste pudiera impedirlo ni dar un paso adelante, por las buenas disposiciones de los jefes mencionados.

En la situacion expresada se pasó la mayor parte del día, sin que ninguna de las dos líneas se moviera de su puesto, entreteniéndose solo los tiradores en pequeñas escaramuzas de poca importancia; la enemiga sin atreverse á emprender nada, y la nuestra sin poder verificarlo tampoco, ya por la imposibilidad en que se hallaba, á consecuencia del estropeo de la caballada y de la escasez de sus

armamentos, y ya tambien por lo mucho que disminuyó su fuerza, teniendo que enviar á esta ciudad parte de ella que estaba completamente inútil.

Cerca de las cinco de la tarde se observó en el campo enemigo la llegada de nuevas fuerzas de caballería é infantería, que habian sido colocadas desde mucho antes cautelosamente tras de los accidentes del terreno que las ocultaba. En seguida rectificó su formacion la línea de tiradores enemiga; se notó movimiento en sus columnas de caballería, y cuando creyeron tener asegurada la victoria, se arrojaron repentinamente las tres columnas de esta arma, del centro y de la derecha mezcladas con otras dos columnas de infantería de mas de 1,000 hombres cada una, que ya se les habian incorporado, y atacaron el centro de mi línea con tanto valor y decision, que lograron penetrar en ella, mezclándose las fuerzas contrarias y las mias en medio de la lucha mas encarnizada. Al mismo tiempo el ala izquierda del enemigo, formada de su columna de caballería de aquel costado, y unida á otra de infantería igual á las anteriores, se arrojó con el mismo vigor sobre la derecha de mi línea; pero menos feliz que sus compañeros, no logró llegar á mi campo, y antes bien fué rechazada por los valientes que defendian aquel costado.

Apenas habia empezado la lucha de una manera tan decidida por ambas partes, cuando llegó á mi campo el segundo batallon de infantería francesa núm. 99, que para auxiliar á mi caballería habia hecho una marcha penosa de cinco leguas con una velocidad admirable; y lleno de entusiasmo y de valor, tomó desde luego parte en la lu-

cha, mandado por su bizarro comandante Mr. Lefevre, que puesto á la cabeza, dictó hábil y activamente las disposiciones necesarias, que fueron cumplidas por los valientes que le obedecian. Sin pérdida de momento la guerrilla de vanguardia fué la primera que entró en combate, ejecutando un cuarto de conversion sobre la derecha, y rompiendo sus fuegos sobre el ala izquierda del enemigo: la primera mitad de compañía marchó de frente dispersándose al mismo tiempo en guerrilla, y rompió los suyos sobre el ala derecha de la línea enemiga que, como ya se ha dicho, habia penetrado en nuestro campo, y en él sostenia la lucha con la valiente division del bizarro general Don Juan Vicario, quien recibió una herida en aquellos momentos.

La segunda mitad de compañía hizo un cuarto de conversion sobre la derecha, y se posesionó del puente del camino que estaba en medio de los dos campos, y por el cual pretendia pasar el enemigo. Otra mitad de compañía marchó de frente para reforzar á la primera, porque allí era el punto de ataque del enemigo, en cuya virtud habia cargado por aquel costado la mayor parte de sus fuerzas. En un momento se generalizó el combate: el intrépido comandante que mandaba la infantería, cargó denodadamente con el resto de su batallon formado en columna sobre el enemigo de nuestra izquierda, que se obstinaba en arrancar la victoria. Entonces fué cuando mas brilló el valor y disciplina de los soldados franceses, que seguian el ejemplo de sus valientes jefes y oficiales. Al emprender su marcha el núm. 99, lo verificó tambien en su compañía la division de caballería del acreditado general Don Juan

Vicario, entre tanto que la brigada del valiente coronel D. José G. Campos, que como antes se ha dicho, ejecutaba igual movimiento por su lado.

Mucha era la obstinacion del enemigo por conservar su puesto; pero fué mayor el arrojó de nuestros valientes que se lo quitaron por la fuerza, conquistando el terreno palmo á palmo, y demostrando la afamada infantería francesa, que con el valor y la disciplina se vencen las dificultades en la guerra y se alcanza la victoria en el campo de batalla.

Ya se habia logrado arrojar al enemigo y comenzaban los vencedores á perseguirlo, cuando de repente fuimos acometidos con el mayor vigor por otra columna de infantería enemiga, que apareció por nuestro flanco izquierdo, batiendo encarnizadamente á los que ejecutaban la persecucion y pretendiendo envolvernos por aquel lado. Fué menester hacer alto para trabar la lucha con aquella columna: así se verificó sin perder momento; pero aunque resueltos nuestros contrarios se empeñaban en pasar adelante, la columna de infantería francesa, que con arma á discrecion marchó á su encuentro, decidió la cuestion en aquel lado, arrollando á la columna enemiga y haciendo que se declarase su derrota en aquel flanco.

Tambien por la derecha de nuestra línea estuvo la lucha encarnizada. El valiente general Don José Domingo Herran, que mandaba en aquel costado, sostuvo el combate denodadamente, peleando sin cesar contra fuerzas muy superiores á las suyas; la infantería francesa que se batia en línea, contrajo un esclarecido mérito, porque siendo en tan escaso número, dió ejemplo de arrojo y bi-

zarría, pasando el puente, y yendo á batir al enemigo en su propio campo. La valiente division de caballería del general Herran unió sus esfuerzos á los de la infantería: pasando á la vez el mismo puente, logró batir y derrotar al enemigo en aquel lado, emprendiendo desde luego la persecucion, y teniendo la gloria de reunirse con este movimiento con sus compañeros de armas, que acababan de vencer en el flanco izquierdo y que seguian la persecucion por aquel costado, la cual se continuó por espacio de una legua hasta la venta de San Diego.

V. E. que conoce lo abierto del terreno en aquel lugar, comprenderá todo el estrago que sufrió el enemigo, perseguido por nuestra caballería durante el combate, sin embargo de que tuve la satisfaccion de defender yo mismo á los prisioneros, prohibiendo terminantemente que se les hiciera el menor mal, y gocé á la vez el placer de ver á mis bravos vencedores, luego que terminó la lucha, tender la mano de amigo á los mismos de quienes poco antes acababan de recibir una agresion tan encarnizada: 1,200 prisioneros de infantería y caballería, montados los de esta clase y armados todos; la bandera de un batallon, tomada por la valiente infantería del núm. 99; 1,090 fusiles, mosquetes, lanzas, y 8,640 cartuchos fueron los trofeos de esta victoria, y sus consecuencias V. E. las está palpando.

Las tropas del general Márquez sufrieron asimismo las bajas siguientes: 128 heridos y 86 caballos id.: 86 muertos y 66 caballos id. Las fuerzas enemigas que acaudillaba Zaragoza, en las Cumbres de Acultzingo, han abandonado esta fuerte posicion y se han retirado hasta San

Agustin del Palmar, que está catorce leguas á la espalda de dicho punto, sobre el camino de Puebla, probablemente para replegarse á aquella ciudad en caso de ser atacada.

Tengo el honor de poner á disposicion de V. E. 24 jefes y oficiales prisioneros, á quienes he guardado todo género de consideraciones.

Réstame manifestar á V. E. que los valientes que combatieron en esta funcion de armas, todos cumplieron con su deber, dando en esta jornada un leccion severa á los cabecillas Zaragoza, Tapia, Negrete y Alvarez. El primero, que dispuso venir á derramar la sangre de sus hermanos; el segundo, que ejecutó sus órdenes; el tercero, que le sirvió de segundo; y el cuarto, que mandaba la caballería.

Creo de justicia llamar la atencion de V. E. respectó del comportamiento de los señores generales D. Agustin Ziriz y D. José María Herrera y Losada, quienes á pesar de no tener colocacion se presentaron en el momento del combate, movidos solo de su valor y patriotismo. El primero fué empleado como cuartel-maestre, y el segundo prestó muy buenos servicios. De la misma manera hago presente á V. E. que el señor general D. Antonio Taboada, con la mayor actividad, desempeñó todas las comisiones que le confié, entre las que se cuenta la muy importante de venir hasta el Ingenio por la infantería, que condujo el mismo señor general, logrando que llegase en el momento mas á propósito.

No puedo concluir este parte sin lamentar la sensible pérdida del coronel D. Ponciano Castro, que murió á con-

secuencia de una herida recibida en lo mas reñido de la lucha.

Dios y Ley.—Cuartel general de Orizaba, Mayo 22 de de 1862.—*Leonardo Márquez*.—Excelentísimo señor general Don Juan Nepomuceno Almonte, jefe supremo de la nacion.